

guión

En los dos números precedentes de PROYECCION hemos tratado de las confesiones de fe y del despliegue de la fe a partir de ellas. En las confesiones se dice la fe juntamente, al unísono, en el acuerdo y la coincidencia de la comunidad, que siente lo mismo y lo expresa con unas mismas palabras. En contraposición a ellas, que son como el coro, el testimonio es como el solo. El cristiano como individuo dice su fe ante el mundo con las palabras, los acentos y las inflexiones peculiares con las que él vive su fe. Si en las confesiones destaca lo comunitario, en los testimonios destaca lo personal.

Después de esta primera delimitación conviene añadir alguna otra, para que quede más claro de qué es de lo que tratamos. En primer lugar los testimonios no son información. Hoy en día la información tiene un gran volumen e importancia. La diferencia está en que, mientras la información, el acopio de datos, es impersonal hasta el punto de que los puede proporcionar una máquina, el testimonio es estrictamente personal; detrás de él, unido inseparablemente, está el testigo, apoyando sus palabras con todo el peso de su persona.

Conviene además distinguir entre formas deficientes y la forma plena del testimonio. Una forma deficiente es el testimonio meramente judicial. En los juicios de llama a testigos que han visto u oído algo concerniente al proceso. Estos testigos se comprometen a decir la verdad, una determinada verdad, pero ésta en concreto puede ser bastante externa e indiferente respecto a la vida misma y la persona del testigo. Este no tiene que expresar sus convicciones más íntimas, sino algo que sucedió delante de él quizás casualmente. Lo mismo se puede decir del testimonio histórico.

Por el contrario en un sentido más profundamente personal se da testimonio de las convicciones más íntimas. No hay que considerar estas convicciones como el polo opuesto de lo visto u oído. En alguna manera procederán de lo visto u oído (experimentado en su sentido más amplio). Pero a esto añaden una interiorización y valoración, por las que se convierten en convicciones íntimas. No se miden por el grado de certeza. Nadie da testimonio del teorema de Pitágoras, por más cierto que esté de él. Si queremos entender lo que es el testimonio y su verdad, no

podemos considerar la verdad necesitante (matemática o científica) como modelo y medida de toda verdad. Por encima de estas verdades (por ejemplo, dos y dos son cuatro) que afectan muy superficialmente al hombre, ante las cuales no se siente comprometido, están las verdades que dan sentido a su vida y más aún las que le dan sentido último. Ni la abstracción matemática ni la ley física ponen en juego los resortes más profundos y más auténticamente humanos de la capacidad de conocer; todo eso lo puede "decir" con más perfección una calculadora. Pero cuando el hombre se encuentra con otra persona, cuando se trata de confiar o no confiar en ellas, entonces sí se pone en juego lo más íntimo de la propia personalidad. Precisamente por ello el sí o el no es libre. La libertad no es una forma deficiente del conocimiento, sino por el contrario, una forma superior. En esto coinciden el concepto bíblico de verdad y el concepto moderno de una filosofía que valora lo personal e interpersonal. En esta perspectiva el testimonio adquiere todo su valor. "Cuando se trata de *toda* la verdad y de la verdad del todo y de su sentido, entonces el órgano de percepción no puede ser otro que la realidad total de mí mismo, sin exceptuar nada; sólo con todo mi ser, sólo con mi radical apertura, no sólo con la teórica, sólo con mi disposición para llegar hasta el final se me puede manifestar esa verdad, que me ha hecho madurar en mi ser y en su carácter total" (K. Hemmerle).

En este sentido el testimonio está en el origen mismo de la fe. Los Apóstoles eran los testigos oficiales de la Resurrección de Cristo. Su vida entera estaba al servicio de este testimonio. Y porque testimoniaban con su vida entera, por eso estaban dispuestos a morir por el testimonio. La muerte es el sello y el acto supremo de testimonio, porque totaliza la vida; sólo por ella la vida es entera. La verdadera "entereza" lo es hasta la muerte y por la muerte, primero prevista y aceptada y después vivida en el mismo morir. Así se explica que la palabra "mártir", que primero significa "testigo", después pase a significar "el que da su vida por la fe".

Respecto a los artículos que siguen hay que tener en cuenta dos cosas. Primero, que no pretendemos abordar en ellos la "teología del testimonio", la cual sería ciertamente de gran interés. Nos limitamos a las peculiaridades del testimonio cristiano en nuestros días a diferencia del modo de dar testimonio en otros tiempos. Segundo, que cuando presentamos algunos testimonios concretos, entre los muchos que se podrían aducir, no presuponemos que en ellos el testimonio adquiera la plenitud de sentido y de realización a que antes nos hemos referido. El testigo por antonomasia es Cristo; los Apóstoles son testigos privilegiados; pero cualquier cristiano está llamado a ser también testigo; de hecho será más o menos fiel a esta vocación.